“Retro”

Articulo publicado: 2009-11-11 19:13:01 |

El hombre-niño se para frente a la enorme gigantografía de su carta, de su carta de niño. Tenía pocos, poquísimos años cuando la escribió. La letra era, quizás, demasiado prolija, signo evidente de su porvenir en las artes.

El hombre-niño se para frente a la enorme gigantografía de su carta, de su carta de niño. Tenía pocos, poquísimos años cuando la escribió. La letra era, quizás, demasiado prolija, signo evidente de su porvenir en las artes.

“Escribía con pocas faltas” debe de haber pensado cuando después de tantos años recuperó aquel pedazo de papel, escrito hacía más de 30 años en Francia. Francia, el lugar donde tuvo que vivir. Por gracia de quién, por gracia de Dios, seguro, no fue.

El papel-carta, papel-objeto de la memoria, le trajo de nuevo a sus abuelos, a esa casa tan llena de encantos, a esas manos que siempre, (como solo las manos de abuelos saben abrazar) esperan en algún lugar poco solemne de la eternidad. Pero la carta trajo más, mucho más.

La carta devolvió quizás uno de sus primeros dibujos, ahora el hombre-niño recuerda la casa, su primera casa en París, era alta, o le parecía; allí está a un costado del papel su dibujo, nueva confirmación que ya el niño mostraba que cuando fuera hombre lo perseguirían los dioses y demonios de la figuración. La carta, escrita en una tinta azul, terminada con el siempre presente, “beso…F e d e r i c o”.

Y la carta que el tiempo no logro destruir, y que la magia de la abuela supo conservar, casi para él, solo para él, es ahora enorme. Una gigantografía que excede ampliamente el papel, la tinta, las palabras, el dibujo; es una gigantografía de la vida, del pasado, de la niñez, del exilio –ah exilio, piensa el niño-hombre, cómo me jodiste y me hiciste diferente, o me hiciste lo que soy- Y se para sobre ella, y al pararse encima de sus palabras, de sus casi primeras letras, recupera, y se hace, nuevamente las viejas preguntas. Recupera la vida, y la no vida que no pudo ser. Se adueña, bruscamente de todo lo que fue, y lo que no fue.

La gigantografía de la vida, del pasado, del exilio, de la abuela, del abuelo, de París, de la hermana, del viaje en soledad en un avión –“qué grande y amplio era aquel espacio”- ahora está bajo sus pies. El niño-hombre se apodera de su pasado, de su memoria, y ahora es tiempo. Si ahora está bien, ahora es mío, no quedan dudas…

El niño-hombre golpea el pasado, golpea la vida que no fue y se encarga de destruir a la que fue. De su mano se extiende, cual prolongación natural una maza martillo. Golpea, y rompe, rompe todas las noches que extrañó, rompe todas las noches que no entendió, rompe al exilio, al viaje. Rompe, y destruye. Destruye al dolor que viene del más allá, el que viene de demasiado lejos. Y en medio de la destrucción se toma unos instantes, y respira, y se agacha, y se sienta, y toma un manojito de resto de gigantografía y lo acaricia, lo atesora en su mano, lo coloca en uno de los tantos agujeros que produjo con la maza martillo, y nuevamente la mano se levanta. Y el cuerpo, y la mano y el corazón, rompen. Rompen sin piedad, y sin dolor. O quizás con todo el dolor del mundo, con todo el dolor que los niños-hombres llevan indefectiblemente sembrado.

El niño-hombre terminó de romper, las huellas de su destrucción están allí, hay un pedazo demasiado grande de vida rodando en forma de polvo, en forma de resto amorfo. Y Federico, el niño-hombre, se lleva en la memoria un pedazo de los abuelos, de Francia, de Paris, de la hermana-niña, de mamá cuando era joven, de papá, de Salto, y de la casa de los abuelos.

A propósito de la Video Instalación de Federico Arnaud
“Retro”
Salto, 11 de noviembre de 2009.
Ernesto Nieto